

un nuevo cristianismo; y la verdad es que su teología es enteramente lo opuesto de la de Agustín, y que el doctor de la gracia no hizo más que formular las opiniones de San Pablo: tal es, por lo menos la creencia tradicional. ¿Por qué puso el Padre de la Iglesia tan gran rigor en sus concepciones? ¿Por qué rebajó la naturaleza humana? ¿Por qué exaltó la gracia? Es que el pecado original, con las terribles consecuencias que de él se derivan, es la base del cristianismo; si la naturaleza humana no estuviera profundamente alterada por el pecado, ¿á qué un Reparador? ¿A qué un Salvador divino, si el hombre puede hacer el bien y salvarse por las fuerzas de su naturaleza? La doctrina que enaltece las fuerzas de la naturaleza humana, aunque mantenga la gracia, enerva la acción de Dios, porque atribuye la parte principal, la parte esencial, á la acción del hombre. ¿A qué entonces una revelación milagrosa? Con esto se viene á parar, si no en el orgullo pagano, á lo menos en plena filosofía: la obra de la salvación no es más que el desarrollo de las facultades del hombre y la práctica de las virtudes morales. Se puede dar, si se quiere, á esta creencia el nombre de cristianismo; pero no es ciertamente ya el cristianismo de San Agustín y de San Pablo.

III.

Para apreciar la importancia de esta revolución religiosa hay que estudiar el concepto de la vida que de ella se deriva. En las religiones reveladas, el dogma subsiste siempre lo mismo, á lo menos en apariencia; y cuando llega á modificarse, tienen buen cuidado los ortodoxos de negar estas modificaciones: ¿no se ha visto á los jesuitas poner su teología bajo el patronato de San Agustín, cuando tendían precisamente todos sus esfuerzos á demoler la doctrina del Padre latino? En materia de especulaciones teológicas hay siempre medio de sutilizar, íbamos á decir de trampear, porque las distinciones á que recurren los católicos para salvar la pretendida inmutabilidad de su fe no son más que enredos como los que inventan los legistas para defender una mala causa; pero cuando se dejan las argucias de la teología para considerar la vida real, no hay ya sutileza que valga: es imposible confundir hechos contrarios. Por fecundos que sean en astucias los jesuitas, no han pretendido jamás que su moral

fuera la misma del Evangelio; la transformación que los sentimientos cristianos experimentaron por el lento trabajo de los siglos y que los jesuitas formularon en teoría es tan grande, tanto patente, que los mismos jesuitas confesaron la innovación. Vamos á oír, el espectáculo es curioso, á los restauradores de lo pasado, á los partidarios de una religión inmutable proclamar la necesidad del cambio, del progreso en la moral. Pero ¿no es la moral religiosa una consecuencia, una aplicación del dogma? Y si la moral se modifica y debe modificarse, ¿cómo ha de quedar invariable el dogma? La inmutabilidad del dogma no es realmente más que una ficción; y la ficción se desvanece cuando de los ensueños teológicos se desciende á la realidad de la vida. No haremos remontar hasta Loyola la moral relajada de los jesuitas; pero sería un error considerarla como una desviación, como un exceso de que no debe ser responsable la Compañía. Es lo cierto que el fundador de la orden, aunque canonizado, se apartó de la rigurosa concepción de la vida enseñada por los Padres de la Iglesia y practicada por los más santos de los monjes. El catolicismo pone el ideal de la perfección en el desprecio de todo lo que toca al mundo, y, digan lo que quieran los protestantes, el ascetismo es una lógica consecuencia del espiritualismo exaltado que respira en la predicación de Jesucristo y del más grande de sus apóstoles, San Pablo. Los solitarios de la Tebaida son los héroes del cristianismo, y como tales fueron admirados mientras el verdadero espíritu de la doctrina cristiana reinó en la conciencia general. Pero las ideas y los sentimientos se modificaron insensiblemente; y en el siglo XVI había perdido el ascetismo todo su crédito y recobrado la naturaleza sus derechos. De ahí la reprobación del monaquismo, que era casi universal en el momento en que estalló la Reforma. San Ignacio fundó una nueva orden religiosa, pero las tendencias de su Compañía difieren totalmente del fin que se proponían las antiguas congregaciones.

San Benito consideraba la vida cenobítica como un primer paso en el camino de la perfección; la vida solitaria de los anacoretas era su ideal. Loyola, por lo contrario, reprueba la vida solitaria y organiza, no una orden de monjes, sino una milicia de combatientes: "El hombre no ha nacido, dice, para sí solo, debe emplear las facultades que

ha recibido de Dios en procurar la salvación de sus semejantes, mientras el asceta se olvida de sus hermanos para entregarse al cuidado exclusivo de su propia salvación. La pretendida perfección de la vida solitaria es una ilusión; la perfección se logra en la lucha de la vida activa, y no en el aislamiento de la contemplación," (1). Hé ahí un nuevo ideal de la vida, bien diferente del que se proponían los santos del catolicismo. Los San Antonios y los San Bernardos habrían querido aniquilar el cuerpo para vivir ya en este mundo la existencia de los ángeles; y por esta razón afectaban un desprecio profundo de sus necesidades más legítimas, hasta de la salud. Loyola restableció los derechos del cuerpo: hombre de lucha, y queriendo dirigir sus soldados al combate, procuraba que el cuerpo estuviese en estado de servir al alma. La preocupación de la salvación, cuando se la busca en la soledad de un desierto ó de un convento, conduce al egoísmo; Loyola quiere también que sus discípulos ganen el cielo, pero les enseña que el mejor medio de lograr su salvación es trabajar por la salvación de los demás.

Loyola estaba en lo cierto, mas no sospechaba que, organizando una milicia encargada de combatir á los herejes y de restaurar el catolicismo, inauguraba una nueva doctrina religiosa. El cristianismo es inconciliable con la vida real; conduce necesariamente, á los que buscan la perfección que predicán, á huir del mundo y á romper todos sus lazos; y así, los jesuitas, tomando el nombre de Jesucristo, para denotar que querían ser en todo sus fieles discípulos, se vieron obligados á repudiar el ideal evangélico, que es, en efecto, impracticable para los que viven la vida real. Y no hay que creer que esta concepción date de la decadencia del jesuitismo, de una época de relajación: eso fué dicho por los jesuitas de Colonia en el primer fervor de la reacción católica (2). Y la historia entera del cristianismo atestigua que tenían razón los jesuitas. ¿No buscaron los desiertos los solitarios de la Tebaida, y se crearon los monjes un desierto facticio detrás de los muros de sus conventos porque no pueden practicarse las famosas máximas del Evan-

gelio por los que quedan en el mundo? Hacía largo tiempo que la cristiandad se había divorciado del espiritualismo evangélico, que los fieles abandonaban á los elegidos del Señor; y en el siglo XVI se dió un nuevo paso fuera del cristianismo tradicional: santos, religiosos, una orden entera, declararon que el Evangelio es una utopía. Quedaba por saber con qué reemplazarían los jesuitas la moral evangélica, y este fué el escollo en el cual fracasó la Compañía. No podía abandonar abierta, francamente, la tradición cristiana, confesando que el espiritualismo del Evangelio dependía de las pasajeras circunstancias en las cuales se había predicado la *buena nueva*: era una palabra revelada, y precisaba mantenerla. Pero ¿cómo hacer aceptar á la sociedad moderna una concepción de la vida que aquella no quería ya y de la cual desertaban los mismos jesuitas? Era preciso recurrir al sistema de acomodamientos, á emplear sutilezas y arbitrios, á transigir constantemente. De aquí los excesos de los casuistas.

La Iglesia ha canonizado á los ascetas de la Tebaida, y los más santos personajes han publicado como á porfía sus alabanzas. ¿Qué piensan los jesuitas de la perfección tan ponderada de los padres del desierto? Dicen que "la Iglesia ha *tolerado*, más bien que aprobado, á los que, llevados del amor de Dios y del desprecio del mundo, se iban á ocultar en la soledad, como San Pablo y San Antonio," (1) No se *tolera* sino el mal ó el desarreglo; ¡así pues, se consideran como errores ó excesos el ascetismo y el espiritualismo cristianos! Los jesuitas estaban en esto de acuerdo con el espíritu de la sociedad á la cual se dirigían. *Celot*, tan vivamente criticado por los enemigos de la Compañía por haber rebajado á aquellos á quienes profesaba veneración la Iglesia, no cometió más que un error, el de dar una forma un poco cruda al pensamiento justísimo de Loyola, que era también un santo. Para los hombres del siglo XVII se necesitaba una moral más fácil que la de los ascetas: los jesuitas inventaron la *devoción fácil*; y para quitar todo escrúpulo á los fieles, no se contentaron con desechar la piedad austera, la pusieron en ridículo. Oigamos al reverendo padre *Le Moine*; hé aquí el retrato que traza del antiguo devoto: "No tiene ojos para las bellezas del arte y de la naturaleza..."

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 177 (lib. VIII, núm. 66).—MAFFEI, *Vita Ignatii*, III, 8, p. 530.

(2) «Illa quæ lex concionatur de perfecta integritate ex toto corde, tota mente, tota anima et omnibus viribus, ita ut nulla sit mala concupiscentia, ad nos qui in hac mortali vita versamur non pertinet» (GIESLER, t. III, 2, § 60, nota 6).

(1) *La Morale des jésuites extraite fidèlement de leur livres, par un docteur de Sorbonne* (NIC. PERRAULT), t. I, p. 302.

En los días de fiesta se retira entre los muertos. Prefiere estar en el tronco de un árbol á morar en un palacio. En cuanto á las afrentas y á las injurias, es tan insensible como una estatua. El honor y la gloria son ídolos que no conoce. Una bella persona es para él un espectro. „Nuestro jesuita contrapone á esta caricatura el cuadro de la *devocion civilizada*, de la *santidad culta*: „No se ha hecho todavía de la virtud un retrato que le parezca, y no es extraño que haya tan poca prisa en ascender á su roca. Se ha hecho de ella una importuna que no ama más que la soledad; se le ha asociado el dolor y el trabajo, y, en fin, se la ha hecho enemiga de las diversiones y juegos, que son la flor de la alegría y la salsa de la vida.„ Que la *devocion culta y civilizada* se compadezca con los goces de esta tierra, lo admitimos de buen grado; pero los jesuitas van más allá: enseñan que se concilia perfectamente con todas las pasiones humanas. La ambicion es la reina del mundo, y así no tenían los *viejos devotos* bastantes maldiciones contra esta hija del orgullo; mas los jesuitas, si no se atreven á hacer de ella una virtud, obligados como cristianos á reprobarla, la reducen á un pecado venial, y sabido es que los pecados veniales no impiden la piedad, ni aun la santidad. La codicia es acaso más que la ambicion el verdadero pecado original del hombre; mas el *devoto civilizado* se puede entregar á ella con tranquilidad de conciencia; si es rico, puede negar lo que le sobra al pobre menesteroso, porque no comete sino un pecado venial. La envidia es la compañera inseparable de la gloria y de las riquezas: ¿puede permitírsele un *santo civilizado*? Sí, mas con una distincion: la envidia del bien espiritual del prójimo es mortal; la envidia de los bienes temporales no es más que venial. Hé aquí la razon de esta distincion sutil; el lector decidirá si es ó no una parodia del espiritualismo cristiano: „El bien que se halla en las cosas temporales es tan pequeño y de tan poca consecuencia para el cielo, que no tiene importancia alguna ante Dios y sus santos.„ Inútil es continuar este cuadro de la *devocion civilizada*; está hecho, y de mano maestra. Contentémonos con tomar de *Pascal* la conclusion de un reverendo padre: „La devocion asusta á las gentes del mundo; la Compañía la ha hecho más fácil que el vicio, más cómoda que el placer, (1).

(1) PASCAL, *Lettres Provinciales*, IX.

Los deberes de la religion son todavía más fáciles de cumplir que los de la moral; redúcense á algunas prácticas puramente mecánicas. Ya hemos dicho que los jesuitas eran grandes partidarios del culto de la Virgen, y pudiera sin exageracion decirse que en su Sociedad suple esta supersticion á todas las prácticas religiosas. Leed uno de esos pequeños libros de devocion á que tan aficionada es la Compañía: *El paraíso abierto á Filagia por cien devociones á la Madre de Dios, fáciles de practicar*, y en él veréis que nada es más fácil que ganar el cielo. Basta, por ejemplo, „saludar á la Santa Virgen al encontrar su imágen, rezar el rosario, pronunciar con frecuencia el nombre de María, encomendar á los ángeles que la reverencien de nuestra parte, rezar por mañana y tarde el *Ave Maria*.„ Hé ahí un camino bastante cómodo para llegar al paraíso; pero los jesuitas lo han facilitado todavía más. Los católicos se mofan de la piedad mecánica de los budhistas, olvidando que en su propia Iglesia se halla la religion en la misma pendiente. Oigamos á los jesuitas. Por sencillas que sean las ceremonias exteriores, exigen siempre el concurso del hombre; los jesuitas, como sus hermanos en Buddha, imaginaron sustituir la accion del espíritu por la de máquinas, como „tener dia y noche un rosario en forma de brazaete ó llevar puesto un relicario ó una imágen de la Virgen.„ Con esto se está seguro de alcanzar el favor de María; y la prueba es que una mujer que, practicando todos los días la devocion de saludar á la Virgen, vivió toda su vida en pecado mortal y murió en este estado, no dejó de salvarse por el mérito de esta devocion (1).

Hemos encontrado en el protestantismo una secta ó una doctrina que tenía por fin ensanchar las vías de la salvacion, abriendo el cielo á todos los fieles. Los ortodoxos objetan á los latitudinarios y á los universalistas que Jesucristo no conoce más que un camino del cielo, y dice que es muy estrecho, que hay pocas personas que lo encuentren, y ménos que entren por él y en él perseveren: este camino es la verdad, la cual no puede ser más que una. No es esta la opinion de los jesuitas; dicen que hay muchos caminos para el cielo, y se han consagrado á hacerlos lo más cómodos y lo más fáciles posible, encontrando que los más anchos son los mejores, á fin de que todo el mundo,

(1) PASCAL, *Lettres Provinciales*, IX.

hasta los infieles y los herejes, puedan entrar en ellos (1). ¡Hé ahí á los jesuitas más latitudinarios que los latitudinarios protestantes! ¿No tenemos razon en decir que inauguran un nuevo cristianismo? Comparemos la religion de los jesuitas con la de su maestro, y verémos que nada tiene de comun más que el nombre.

Jesucristo nos dice cuál es el principal mandamiento de la ley: *Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y todo tu espíritu*; lo cual quiere decir que es preciso amar á Dios más que á ninguna criatura. Los jesuitas declaran lisa y llanamente que eso es imposible; pero no habiendo Dios podido prescribir al hombre una ley que no puede observar, la interpretan á su manera, y tan bien que no queda nada de ella: „El amor de Dios, dicen los reverendos padres, consiste en obedecer sus preceptos; con tal que lo obedezcamos, estamos dispensados de amarlo; basta con no odiarlo.„ Esta explicacion destruye la ley que el Hijo de Dios declara fundamental: Jesucristo no dice que el mandamiento de obedecer á Dios dependa de los otros y esté encerrado en los otros; dice, por lo contrario, que los demás mandamientos están comprendidos en el del amor, y dependen de él. Así comienzan los jesuitas por arruinar el amor de Dios, que es la base y el colmo de la religion cristiana (2).

¿Cuál es el segundo mandamiento que Jesucristo declara semejante al primero? *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*. El Hijo de Dios pronuncia terribles amenazas contra los que olvidan la caridad: *Retiraos de mí, malditos, que estais en el fuego eterno que ha sido preparado por el diablo y por sus ángeles, porque he tenido hambre y no me habeis dado de comer, y he tenido sed y no me habeis dado de beber*. Que los que se aterren ante estas palabras se tranquilicen, porque los jesuitas les dirán „que hay probabilidad de que entre los cristianos haya pocos que se condenen por no haber cumplido las obras de misericordia.„ Hay que ir más allá y decir que nadie se condenará por esta falta, porque los reverendos padres enseñan que no se está absolutamente obligado á socorrer al prójimo ni aun en la extrema necesidad; y si no se

(1) *La Morale des Jésuites*, par un docteur de Sorbonne, t. I, páginas 372-374, 380-383, 390-392.

(2) *La Morale des Jésuites*, t. II, p. 237, 252-255, 267, 283.—*Parallèle de la doctrine des jésuites avec celle des payens*, p. 43 y siguientes.

está obligado en esta circunstancia, ¿cómo se ha de estar en cualquiera otra ocasion? (1).

Hé ahí bien desahogada la conciencia de los afortunados de este mundo: ya no tienen que temer las terribles amenazas que Jesucristo dirige á los ricos: dispensados de la beneficencia, con mayor razon han de estarlo de la caridad moral. Dejemos la palabra al padre Lamy (2): „No estamos obligados á amar al prójimo de otra manera ó más que á nosotros mismos. Ahora bien, no estamos obligados á amarnos á nosotros mismos con un acto interno de caridad, y, por consiguiente, no lo estamos tampoco respecto del prójimo.„ „Por otra parte, dice, si se estuviese obligado á amar así al prójimo, habria muchas gentes condenadas por no haber ejercido jamas ese acto interior de caridad hácia todos los hombres, lo cual es impertinente y de ninguna manera probable.„ Los jesuitas tienen caridad á su manera; procuran ensanchar las puertas del cielo, y en verdad las hacen tan anchas, que habrá muchos llamados y muchos elegidos. Jesucristo nos impone el deber de amar á nuestros enemigos, pero hay acomodamientos con el Evangelio: „Podeis, dice un reverendo padre, desear la muerte de un enemigo que fuera capaz de haceros mucho daño, con tal que no lo hagais por odio, sino por evitar únicamente el mal que os pudiera hacer; y tambien os está permitido alegraros de su muerte, á causa del bien que de ello os viene.„ ¡Hay más, una madre puede desear la muerte de su hija cuando tiene algun buen motivo, por ejemplo, cuando no es guapa ó cuando no es rica! ¡Los hijos pueden desear tambien la muerte de sus padres, no en cuanto sea un mal para los autores de sus días, sino en tanto que fuera un bien para ellos mismos, porque los pusiera en posesion de su fortuna! (3).

Esto es repugnante, y no se comprende cómo discípulos del Cristo han podido escribir palabras que sublevar el corazón. Para reconciliarnos con los reverendos padres, citemos todavía una de sus máximas morales, que está tambien en abierta contradiccion con los preceptos del Evangelio, pero sobre un punto en que la conciencia moderna ha desertado hace siglos del ideal evangélico. Jesu-

(1) *La Morale des Jésuites*, t. II, p. 170, 171.

(2) LAMY, *Œuvres théologiques*, t. IV, p. 377.

(3) *La Morale des Jésuites*, t. I, p. 7-9; t. II, p. 337-339.—*Parallèle de la doctrine des jésuites avec celle des payens*, página 95 y siguientes.

cristo dice: *Habeis oído que fué dicho: ojo por ojo, diente por diente; mas yo os digo: no resistais al mal; ántes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra.* La humildad cristiana nunca fué del gusto de las razas germánicas; llevada al extremo, destruye el sentimiento de la individualidad en lo que tiene de más precioso, el honor. Los jesuitas se afilian á la opinion de las gentes del mundo: dicen, como ellas, que el honor es el más grande de los bienes, y áun reivindicán para los eclesiásticos y los religiosos el derecho de defender su reputación, á lo ménos en lo que concierne á la virtud y á la prudencia, porque ese honor constituye la esencia de su profesion (1).

Se ha vituperado la moral de los casuistas como una de las más funestas aberraciones del espíritu humano. Mabillon, el sabio benedictino, dice que la filosofía pagana debería avergonzarse á los jesuitas: "Ciceron enseña una doctrina más pura, más perfecta que los que se llaman discípulos del Cristo," (2). No tomaremos la defensa de las reservas mentales ni de las opiniones probables; mas hay una parte de verdad hasta en la relajada moral de los reverendos padres: tenían razón al decir que la perfeccion evangélica es impracticable; y si hubieran podido hablar con franqueza, habrían dicho que es falsa. Preferimos sin vacilar los excesos del espiritualismo cristiano á los extravíos de la cómoda devoción de los casuistas; pero bajo el punto de vista de los verdaderos principios, unos y otros son condenables. Hay que añadir que, á pesar de sus errores, estaban los jesuitas en el camino de la verdad. Sí, el amor de Dios, tal como la ortodoxia lo comprende, es un imposible; y los jesuitas tenían razón al decir que se ama á Dios amando á los hombres: este es el principio de la moral filosófica. Sí, la caridad evangélica, el olvido de las injurias que Jesus prescribe como el camino de la perfeccion es también una imposibilidad; porque, tomada en serio y aplicada, conduciría esa pretendida ley de perfeccion á la disolucion de la sociedad, á la destruccion de la individualidad humana; es decir, que viola las leyes que Dios mismo ha impuesto á la creacion.

Si la moral de los jesuitas es en cierto sentido

(1) *La Morale des Jésuites*, t. II, p. 403, 379.—*Parallèle*, p. 109 y siguientes.

(2) MABILLON, *Tractatus de studiis monasticis*, Pars I, c. 7 GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 8).

superior á la moral evangélica, ¿por qué ha suscitado una indignacion universal? Porque se aleja del cristianismo, é implica una concepcion de la vida contraria á la del Evangelio. Los mismos jesuitas se vieron obligados á confesar que su moral no es la del cristianismo primitivo, la que los Padres de la Iglesia enseñan: ¿no era esto comprometer juntamente la autoridad de la Iglesia y la de la religion? Los jesuitas creyeron salir del apuro con una distincion: "El dogma, segun ellos, es invariable; pero la moral cambia con los sentimientos y las ideas: una sociedad nueva necesita una moral nueva," (1). Hé ahí á los discípulos de Loyola, á los restauradores de lo pasado, á los conservadores por excelencia, hacerse partidarios de la novedad; y para justificarla enarbolan la bandera del progreso: "La verdad, dice un reverendo padre, está expuesta á todo el mundo; nadie la ha ocupado todavía; los que nos han precedido son nuestros guías, pero nosotros no somos sus esclavos, y queda mucho todavía para los que vengan detrás de nosotros," (2). "Han hecho una injusticia á nuestro siglo, dice otro jesuita, los que han querido juzgar de la vida religiosa de este tiempo por la de los antiguos, como si lo que los antiguos se creyeron obligados á hacer ó evitar debiera también estarnos mandado ó prohibido, sin otra razon que porque los antiguos lo ordenaron. *Es como si se quisiese hacer volver á la infancia á un hombre que estuviera en la edad madura, porque en sus primeros años había algo de agradable y gracioso halagüeño á los ojos de su madre,*" (3). Esto está muy bien dicho bajo el punto de vista de la filosofía del progreso; pero ¿qué dirán de ello los ortodoxos, para quienes la idea del progreso en la moral religiosa como en el dogma es una herejía? "La novedad, dice un doctor de la Sorbona, ha sido siempre odiosa á la Iglesia; si se la ha reprochado alguna vez á los santos, se han defendido siempre como de una calumnia, hasta el punto de que han creído que no era menor crimen introducir ó aceptar doctrinas nuevas que forjar ó adorar ídolos," (4). Este horror á la novedad y al progreso es de la esencia del catolicismo. Bossuet ha combatido á la Reforma con la máxima de que todo lo que es nuevo en

(1) *La Morale des Jésuites*, t. I, p. 297, 298.

(2) *La Morale des Jésuites*, t. I, p. 289.

(3) *La Morale des Jésuites*, t. I, p. 301.

(4) *La Morale des Jésuites*, t. I, p. 284.

la Iglesia es herético. Hoy el sólo nombre de progreso es, á los ojos de los ortodoxos, la señal de una doctrina anticristiana. En vano se defienden los jesuitas, distinguiendo entre la moral y el dogma. La moral, ó la concepcion de la vida, es una consecuencia del dogma: si la moral cambia, es una prueba segura de que el dogma también ha cambiado. Esta relacion íntima entre el dogma y la moral se manifiesta con evidencia en la lucha de los jansenistas contra los jesuitas: en ella encontraremos la prueba de que, si la Compañía de Jesus ha predicado una moral nueva, consiste en que ha inaugurado un cristianismo nuevo.

N.º 2.—*El jansenismo.*

I.—*Reaccion de la doctrina de San Agustin.*

La doctrina de los jesuitas se oponía claramente á las opiniones profesadas por el más ilustre de los Padres de la Iglesia, Agustin, celebrado como el doctor de la gracia y como el doctor del Occidente. Los reformadores, por el contrario, para reanimar el sentimiento religioso, habían vuelto á la teología severa de la gracia y de la predestinacion. La Reforma reobró sobre la Iglesia católica. Bajo su influencia se despertó la fe, los trabajos del renacimiento fueron reemplazados por el estudio de la antigüedad cristiana. Este regreso hácia lo pasado, este despertar del fervor religioso debía disponer los espíritus serios á abrazar las creencias de San Agustin. Hubo, pues, en el seno de la Iglesia un doble movimiento. Los jesuitas, órganos por excelencia de la reaccion católica, aceptaron en todo opiniones opuestas á las de los protestantes, á quienes tenían mision de combatir. Hombres de lucha, necesitaban un arma para atacar y un instrumento para influir sobre la sociedad nueva, para contenerla ó volverla á llevar al seno de la Iglesia: encontraron una y otro en la doctrina de la libertad opuesta á la de la gracia. Pero cuanto más exaltaban las fuerzas de la naturaleza humana, más se alejaban del cristianismo ortodoxo, y más en oposicion se ponian con el movimiento que tenía lugar en favor de los dogmas de San Agustin. Tal fué el principio de una lucha que trajo dividida á la Iglesia católica por espacio de siglos.

La reaccion de la doctrina de Agustin se manifestó en una universidad que había sido siempre el

centro de la ortodoxia (1). Lovaina fué la cuna del jansenismo. Ya á mediados del siglo XIV, Bayo enseñaba allí los principios puros de San Agustin. Este regreso á unas creencias que habían sido las de toda la Iglesia pareció casi una herejía á los contemporáneos de Bayo; su enseñanza fué denunciada en Roma y condenada por Pío V. ¡Cosa notable! Entre las proposiciones que la santa sede condenó como heréticas, erróneas y escandalosas, las había copiadas literalmente de San Agustin. El doctor de Lovaina, tan distinguido por su piedad como por su ciencia (2), se retractó de sus errores; sin embargo, en su apología sostuvo que era imposible que todas las proposiciones condenadas fuesen erróneas (3). Á pesar de su infalibilidad, Pío V no echó de ver que al condenar á Bayo condenaba á San Agustin, y con él á toda la Iglesia, que había admitido su doctrina como expresion de la ortodoxia: ó San Agustin y todos los católicos de su tiempo, incluso los papas, se habían equivocado, ó se equivocaba Pío V. La autoridad de Agustin y de la Iglesia antigua pudo más que el respeto debido al pontificado. Segun lo había predicho el cardenal Commendon, el fuego se fué propagando en secreto, y acabó por producir un inmenso incendio (4).

Jansenio adquirió en Lovaina una afición decidida al doctor de la gracia: el estudio de sus obras llegó á ser la ocupación, la pasión de su vida. ¡Cuál fué su asombro al ver que los teólogos de su tiempo, y principalmente los jesuitas, no conservaban ya nada de aquel ilustre Padre de la Iglesia! ¿Qué digo? ¡La tendencia de sus opiniones acerca del pecado original y la gracia era á renovar la herejía de Pelagio! (5). Su admiración se cambió en espanto

(1) «In universitate fidei catholice propugnatrix», dice el cardenal Commendon (RAYNALDI, *Annales*, 1561, núm. 44).

(2) El jesuita TOLET, cardenal, dice de Bajus: «M. Bajo nihil doctus, nihil humilissimus» (BAYLE, *Diccionario*, en la palabra Bajus, nota H).

(3) «Male me habet, quod multi sibi persuadeant, omnes istos articulos qui in Bulla damnantur, esse falsos vel hereticos, cum aliqui falsi esse non possunt» (GIESELER, tomo III, 2, § 59, nota 18).

(4) «Vehementer extimesco, ne quandoque parvus hic ignis incendium vehemens exsuscitet» (RAYNALDI, *Annales*, 1561, número 44).

(5) *Cartas de Jansenio al abad de Saint-Cyran*, p. 31: «No sabré decir cómo he cambiado de la opinión y del juicio que ántes tenía de San Agustin y de los demás, y me admiro cada día más de la elevación y profundidad de este espíritu y de que su doctrina sea tan poco conocida entre los sabios, no solamente de este siglo, sino también de varios siglos pasados. Porque para hablaros con ingenuidad, yo creo firmemente que, después de los herejes, no hay nadie en el mundo que haya corrompido más la teolo-